

WILDE PRESIDIARIO, LA BELLEZA DEL SUFRIMIENTO

*Tú viniste a mí para aprender el placer de la vida y el placer del arte.
¿Quién sabe si he sido elegido para enseñarte algo mucho más maravilloso aún:
el significado del dolor y su belleza!*
Oscar Wilde, Epístola: In Carcere et Vinculis

JULIA ESCOBAR
VILLEGAS

“¿Qué es el corazón de un pájaro comparado con el de un hombre?”, se pregunta un ruiñeñor que, observando llorar a un estudiante, comprende el secreto de su pena y decide ayudarlo. Carece de una rosa roja para regalarle a la chica que le gusta y lograr así que lo acompañe al baile. Para que brote la flor deseada, el ave debe ofrecer su dulce canto y su sangre al claro de luna. Sin vacilar, se dispone a entregar su vida, pidiendo a cambio solamente que el muchacho esté a la altura de ese amor, más sabio y más fuerte que la filosofía que estudia.

Las pequeñas cosas, dice Wilde presidiario, son siempre símbolos, y nos dan las lecciones más crueles.

El célebre cuento “El ruiñeñor y la rosa”, publicado en 1888, manifiesta el encanto, la maravilla, la elegancia y la profundidad que irradia la obra

del irlandés Oscar Wilde. Además, la belleza de la rosa escarlata guarda una relación con el pensamiento de Wilde en sus últimos años, forjado en el presidio.

En sus momentos más amargos en la cárcel, algo que consoló a Wilde, “haciendo florecer el desierto como una rosa”, fue el recuerdo de su amigo y albacea Robert Ross esperándolo al fondo del corredor para saludarlo, quitándose el sombrero con solemnidad mientras él pasaba esposado y cabizbajo entre la multitud que lo injuriaba. “Las pequeñas cosas”, dice Wilde presidiario, “son siempre símbolos, y nos dan las lecciones más crueles”.

El autor de *El retrato de Dorian Gray* pasó de la gloria a la ruina en pocos días, en un descenso profundo y vertiginoso. De su vida afortunada sobreviven imágenes que ilustran su espléndido porte. Como los grandes

Wilde presidiario comprende entonces que el dolor y la humildad entrañan la aceptación de todas las experiencias: no solo hacen al hombre más humano, porque es capaz de comprender el sufrimiento de los otros, sino que lo hacen mejor artista, porque se acrecienta su imaginación y porque encuentra en sí mismo, cuando lo ha perdido todo, su propio secreto, sus propios símbolos.

trágicos griegos, afirmaba que el hado está siempre acechándonos y que los dioses se sirven tanto de lo peor como de lo mejor de nosotros para perdernos. Sin embargo, en el culmen de su desgracia declaró que fue él mismo quien se condujo a ella. Jorge Luis Borges, por cierto, puso el ejemplo de la tragedia de Wilde como el más ilustrativo para una tesis de Schopenhauer, a saber, que todo lo que nos ocurre no es más que por nuestra propia voluntad.

Fue en mayo de 1895 cuando, a causa de un enrevesado pleito con el padre de su joven amante, Oscar Wilde fue derribado de su pedestal y enviado a presidio a cumplir una condena de dos años. Poco antes de quedar en libertad, y gracias a la generosidad del director de turno de la cárcel donde se encontraba, escribió una larga e intensa carta al muchacho, Lord Alfred Douglas, titulada *Epistola: In Carcere et Vinculis (De Profundis en versión completa)*.

Con su prosa clara, precisa y profunda, atravesada por un inmenso dolor, porque “el lenguaje tiene necesidad de ser afinado como un violín”, reflexiona sobre todos los detalles de la relación nefasta que implicó la pérdida irreparable de su magnífica vida: su capital, su preciada biblioteca, el prestigio del apellido heredado y del nombre que se había creado para sí, su madre fallecida durante su reclusión, sus hijos cuya custodia le arrebataron, la gran mayoría de sus amigos y, ante todo, su arte, su pasión por excelencia.

La relación con Douglas lo arruinó artísticamente porque Wilde no halló más la atmósfera sosegada, propicia y necesaria para la

creación; asimismo, conllevó su miseria espiritual, pues al ser dominado por los placeres, perdió el control sobre su carácter, y aquel extravío lo hizo desembocar en la ignominia.

A ojos de Wilde presidiario, Douglas sufre de superficialidad, que para él es el supremo vicio, y carece de comprensión, la gran virtud, que con el amor o con la imaginación “nos hace comprender a los demás en sus relaciones tanto reales como ideales”. Cegado por la vanidad, el odio hacia su padre y la concupiscencia, su mente es tan incapaz de concentrarse intelectualmente como su corazón de amar; prueba de ello, la ingratitud que le profesó a Wilde olvidándolo, a pesar de que este le hubiera entregado todo de sí, sacrificándose por sus caprichos, pagando con la cárcel lo que él mismo reconoció como debilidad e insensatez.

No obstante, la epístola no se reduce nunca a un memorial de agravios. Por medio de la escritura, Wilde no solo analiza su desastre, sino que alcanza el alivio: escribiendo, se despoja de la amargura. Además, logra perdonarse a sí mismo y al joven Douglas. Ese perdón es el punto de partida de la segunda parte, en la que Wilde dilucida cómo de la angustia y del arrepentimiento obtuvo la revelación que lo impulsó a transformar lo vivido en experiencia espiritual: el significado y la belleza del dolor.

Su vida en presidio estuvo basada en el sufrimiento. Borrado el tiempo, pues el mundo exterior le estaba bloqueado y en la celda persistía la misma penumbra, la pena era “el único medio de darse cuenta de la existencia”. Girando sin cesar en torno a los recuerdos, llegó a la clara conciencia de que, luego de haberlo

perdido todo, lo único que le quedaba era la absoluta humildad, la cual consistía en el inicio de una nueva evolución, de una nueva época de descubrimiento. Recorrer solo el ámbito del placer hubiera significado una limitación; era preciso conocer la otra mitad del jardín: allí donde el sufrimiento adquiriría su significado sublime siendo “la suprema emoción de que es capaz del hombre y, a la vez, el tipo y el modelo de todo gran arte”.

Wilde presidiario comprende entonces que el dolor y la humildad entrañan la aceptación de todas las experiencias: no solo hacen al hombre más humano, porque es capaz de comprender el sufrimiento de los otros, sino que lo hacen mejor artista, porque se acrecienta su imaginación y porque encuentra en sí mismo, cuando lo ha perdido todo, su propio secreto, sus propios símbolos.

Al abandonar el presidio en 1897, Oscar Wilde escribió algunas cartas sobre la vida penitenciaria. Proponiendo un cambio radical en las cárceles, repudió el ingreso de los niños y denunció el mal estado sanitario de las instalaciones, así como el hambre, la incomunicación y la descortesía a la que sometían a los presidiarios.

Además, escribió un bello y único poema llamado *La balada de la cárcel de Reading*, donde cantó no solo la tragedia de un preso, condenado a la horca por haber asesinado a su esposa, sino también el ánimo sombrío de los demás reclusos que lo observaron en silencio durante sus últimos días. Apiadándose de su agonía y olvidándose de la propia pena, lo acompañaron en su dolor terrible hasta el último instante, “pues aquel que vive más de una vida, más de una muerte también que morir tiene”. **U**

Julia Escobar Villegas (Colombia)

Nació en Medellín en 1988. Se graduó en Filosofía en la Universidad de Antioquia. Trabaja en docencia, traducción e interpretación de lenguas extranjeras.

Bibliografía

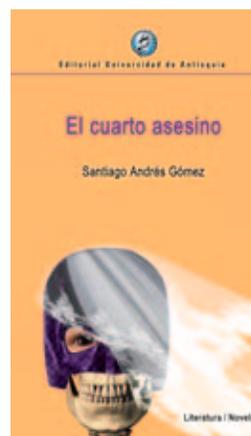
Wilde, O. (1951). *De Profundis (versión competa)* y *La balada de la cárcel de Reading*. Buenos Aires: Emecé.

{ Novedades }

Cuentos escogidos de Machado de Assis
Jhony Alexander Calle Orozco (compilación y traducción)
Elkin Obregón (prólogo)
Colección Literatura / Cuento
Editorial Universidad de Antioquia, Medellín
158 p.



El cuarto asesino
Santiago Andrés Gómez
Colección Literatura / Novela
Editorial Universidad de Antioquia, Medellín
82 p.



Voces y secretos
Blanca Inés Jiménez Zuluaga
Colección Literatura / Cuento
Editorial Universidad de Antioquia, Medellín
112 p.

